

Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez (eds.). 1917: La Revolución Rusa cien años después. Madrid: Akal, 2017. ISBN: 978-84-460-4479-6, 672 páginas.

1917: La Revolución Rusa cien años después es fruto del trabajo conjunto de una veintena de autores, la mayor parte de ellos historiadores y sociólogos —con notables excepciones, como la del filólogo Constantino Bértolo o la del periodista Guillem Martínez. El libro —lo decimos ya— constituye un monumental e imprescindible análisis de lo que se define como el «acontecimiento más trascendental del siglo XX». En efecto, la Revolución de 1917 supuso la conquista del poder por parte de los proletarios, la destrucción del vasto imperio zarista y sus aparatos ideológicos y la construcción del primer estado socialista del mundo, lo que tendría consecuencias en todos los aspectos de la sociedad rusa: desde los esfuerzos de los dirigentes soviéticos por dar el paso a una economía plenamente socialista (primero con el denominado comunismo de guerra, después con la NEP y finalmente con los planes quinquenales), hasta la cultura y las artes, pasando por el nuevo papel de la mujer y la familia.

Independientemente de las simpatías ideológicas, es indudable que la Revolución de Octubre es un acontecimiento fundamental de la historia mundial, hasta tal punto que la disolución de la Unión Soviética marca, según el historiador británico Eric Hobsbawm, el fin del siglo XX —o *siglo corto*—. *1917: La Revolución Rusa cien años después* examina detalladamente lo ocurrido en ese siglo corto: lo que se arrasó y lo que se logró concebir a través de un inmenso despliegue organizativo por parte de la clase obrera; un proceso plagado de aciertos y no exento de errores.

El libro se centra en su primera parte, «El camino de la Revolución y estallido en la Rusia del 17», en las consecuencias sociales, políticas y culturales de la Revolución dentro de la URSS. Josep Fontana ofrece un resumen acertado de la situación previa a la Revolución de 1917: la acomodación de unas organizaciones socialdemócratas que abogaban por el reformismo gradual para la construcción del socialismo, frente a los ataques de un Marx que ya en la *Crítica al programa de Gotha* señalaba sus limitaciones y la necesidad de la vía revolucionaria. Leopoldo A. Moscoso y Pablo Sánchez León se preguntan por los rasgos del sujeto revolucionario y apuntan hacia un «ejemplo extremo de compromiso con la virtud política —la anteposición del interés colectivo al particular—» (56).

La Revolución de Octubre generó dudas incluso entre los propios marxistas y Antoni Domènech se centra en estas posturas críticas. Quizá la más interesante sea la de Rosa Luxemburgo hacia Lenin y Trotsky, a quienes reprocha el

reconocimiento del derecho de autodeterminación para todas las naciones y «el carácter antidemocrático de la incipiente dictadura bolchevique» (p.98). Domènech realiza una descripción brillante de la discusión teórica que se generó, desde Albert Mathiez hasta Isaac Deutscher pasando por Arthur Rosenberg.

La historiadora norteamericana Wendy Goldman firma un artículo acerca del papel de las mujeres en la Revolución. Analiza las medidas impulsadas por los bolcheviques, encaminadas a igualar las condiciones laborales de la mujer frente al hombre —mediante la socialización del trabajo doméstico— y a liberar las relaciones sexuales y amorosas de «las constricciones de la Iglesia y el Estado» (133), mediante el denominado *amor libre*. Goldman plasma las contradicciones entre el nuevo aparato legal destinado a llevar a cabo estas medidas y la realidad social de la época, presentando una visión crítica pero contextualizada de la regresión de los años 30, enumerando los logros que, no obstante, se produjeron en el camino de la emancipación de las mujeres.

Finalmente, Rosa Ferré dedica su artículo a la revolución cultural y artística, observando dos acercamientos a la denominada cultura proletaria: por un lado, la experimentación vanguardista y la defensa de la autonomía creativa; por otro, el establecimiento de una estética oficial, el realismo socialista, a partir de los años 30.

La segunda parte, titulada «Expansión, eco y estímulo de la Revolución Rusa», da cuenta de su influencia en la situación política de América Latina, Estados Unidos y Europa, con varios capítulos dedicados a España. Serge Wolikow detalla, a través de la descripción de sus seis primeros congresos, el cambio de orientación política de la Internacional Comunista, la organización que se encargó de coordinar los esfuerzos de la clase obrera de los distintos países por impulsar procesos análogos al soviético.

Aurora Bosch vincula la implementación en EE.UU. de diferentes medidas políticas destinadas a erradicar las organizaciones izquierdistas con el influjo de la Revolución bolchevique, centrándose especialmente en el movimiento sindical de la IWW, en el SPA (Socialist Party of America) y en el movimiento anarquista. Elvira Concheiro, por su parte, se centra en América Latina y, en concreto, en las analogías del proceso revolucionario soviético con el que casi simultáneamente se produjo en México.

Sebastiaan Faber, Ángel Duarte y Francisco Erice exponen en sus respectivos trabajos la situación política en España en tiempos de la Revolución. Faber parte de la correspondencia de Juan Andrade, para dar cuenta de la situación en la que se vieron las principales organizaciones de izquierdas de entonces: el PSOE y la

CNT. La falta de acuerdo dentro del PSOE acerca de la conveniencia de unirse a la Komintern propiciaría la escisión en dos tiempos (en 1920, de las Juventudes Socialistas de Madrid; en 1921, de un sector del partido) que daría lugar a la fundación del PCE como referente de la III Internacional en España. Duarte realiza un interesante recorrido por la recepción del Octubre revolucionario desde la tradición republicana, que considera completamente ajena —tan solo el papel del PCE y la solidaridad con la URSS acercarían lo ocurrido en 1917 al imaginario colectivo republicano—. Francisco Erice incide en los diversos posicionamientos dentro del movimiento obrero español respecto a Rusia, señalando el predominio total del anarquismo y el carácter marginal del primer PCE.

«Auge y caída del mundo surgido de la Revolución» es la parte dedicada a la descripción de la Unión Soviética y su desarrollo político interno, desde las pretensiones revolucionarias en los años inmediatamente posteriores a 1917, hasta el declive del denominado socialismo real. José Luis Martín Ramos expone el giro dado por los partidos comunistas europeos en su relación con la socialdemocracia: del abandono de las tesis del frente único con socialdemócratas, se pasó a la caracterización de estos como *socialfascistas* y, finalmente, a la aceptación de la política de Frente Popular —primero como excepción francesa, y luego extendida al caso español, pero siempre limitado a la lucha contra el fascismo—. Josep Puigsech refiere los lazos de unión entre la URSS y España, ligados a la colaboración establecida durante la Guerra Civil: estos lazos se evidenciaron en la celebración de diversos actos conmemorativos de la Revolución. José María Faraldo traza una evolución de la URSS desde el inicio de la II Guerra Mundial —la Gran Guerra Patriótica en la historiografía soviética— hasta la caída del *socialismo real*, poniendo especial énfasis en el campo socialista, como garante de la resistencia de la URSS durante la Guerra Fría. Las autoras Michelangela Di Giacomo y Novella Di Nunzio se refieren a la estrategia italiana de adaptación del PCI a la cambiante realidad social, con el desarrollo del eurocomunismo y el paulatino alejamiento de Moscú.

En la última parte del libro se reflexiona acerca del legado revolucionario en la actualidad. En ese contexto, Jesús Izquierdo y Jairo Pulpillo analizan el escaso poder transformador de 1917 como elemento simbólico en la España de la Transición —fue abandonado incluso por el PCE, enfrascado en un proceso de moderación eurocomunista—; tan solo las organizaciones a la izquierda del PCE, totalmente marginales, tratarían de reivindicar la tradición revolucionaria. Constantino Bértolo se aproxima al retrato de la militancia comunista durante la Transición a través de tres novelas: *El contenido de la felicidad*, de Félix de Azúa (1986); *La*

Quincena Soviética, de Vicente Molina Foix (1988); y *El buque fantasma*, de Andrés Trapiello (1992). Según Bértolo, en estas novelas se produce un «menoscabo, estigma y caricatura» (502) de la militancia comunista, un descrédito basado en la sátira y en los lugares comunes. Guillem Martínez describe una historia del anticomunismo, desde los orígenes (la ruptura entre Marx y Bakunin el seno de la AIT) hasta la actualidad (el 15M, Podemos y los movimientos de confluencia).

Álvaro García Linera ofrece, a nuestro juicio, una de las más acertadas caracterizaciones de la Revolución que aparecen a lo largo del libro. Linera establece un símil entre la historia de las sociedades y «el movimiento de las capas tectónicas de los continentes» (532). En efecto, en circunstancias habituales, el devenir histórico es lento y relativamente pacífico; las «fisuras, sismos y terremotos» —es decir, las revueltas, huelgas, disturbios y manifestaciones— lo afectan tan solo de manera superficial, apenas alterando su ritmo. Por el contrario, las revoluciones, que García Linera compara con el magma en su símil telúrico, suponen una ruptura total con las estructuras de poder sustentadas en base a relaciones de dominación de clase. Lo interesante de esta comparación es que destaca el carácter dual del proceso revolucionario, que no solo destruye por completo la vieja sociedad, sino que instituye una nueva.

Enzo Traverso se manifiesta a favor de una historización crítica del comunismo, que, sin perder el nexo con la tradición revolucionaria histórica, aprenda de los errores cometidos y genere nuevas alternativas a un capitalismo naturalizado tras la caída de la URSS. El libro finaliza con la brillante reflexión de Fernando Hernández Sánchez acerca de la pervivencia del proceso revolucionario en la memoria colectiva, como un discurso capaz de articular nuevas respuestas a un capitalismo cada vez más reforzado y sin enemigos aparentes.

Vito Martínez